



**Diálogos en femenino:
entrevista a la escritora dominicana
Sorayda Peguero**

Violeta Lorenzo Feliciano & Eva Guerrero
University of Arkansas & Universidad de Salamanca



La mayor parte de esta conversación se llevó a cabo el 10 de febrero de 2022 en el evento “Diálogos en femenino” que organizó la Cátedra Pedro Henríquez Ureña de Estudios Dominicanos de la Universidad de Salamanca.¹ El mismo contó con el auspicio de la Embajada de la República Dominicana en España. La conversación continuó por correo electrónico durante el verano de 2023.

Eva Guerrero (EG): Tenemos el honor de conversar con Sorayda Peguero, una autora de la diáspora dominicana. Sorayda escribe prosa, pero dentro de ella hay poesía, hay alma, hay duende...

Sorayda Peguero (SP): Qué bonito eso, el duende...

EG: Su obra la podríamos clasificar —como nos gusta tanto a los profes— como ensayo, crónica, relato corto... El libro *Por aquí pasó una luciérnaga* reúne algunas de sus columnas de *El Espectador* en Colombia. Es una obra que nos muestra una ajustada coincidencia de la realidad y la ficción. Pero, ¿qué escribe Sorayda Peguero? Quizás ella no responda o ¿ya lo ha hecho? Las realidades que se nombran ya sean del Caribe, sobre el temor de Truman Capote por los pájaros, o acerca de Minerva —la mujer que le hirió el ego a un dictador sin más armas que las palabras— están plagadas de detalles que golpean la imaginación del lector y este se queda noqueado, al modo cortazariano, al mirar el otro lado de las cosas.

Sería difícil mostrar en breves líneas la temática del libro que tiene una infinidad de referencias literarias y culturales. Puedo nombrar aquí a Cortázar y a Borges, pero también a Billie Holiday, Frida Kahlo, Truman Capote, Violeta Parra, Marilyn Monroe, García Lorca... son infinitas las referencias artísticas que se reconstruyen. SP no busca escribir una historia, en realidad su trabajo es una reconstrucción de la intrahistoria con otros datos y con otro enfoque. Como buena investigadora, el uso de referencias le permite desarrollar un modo de (d)escribir una realidad y de presentar una historia alterna a la conocida. Su mirada aguda de periodista la lleva a hacer un poema o a escribir una crónica. SP nos dice:

Decir que escribo columnas puede inducir a equívocos. Lo que viene a continuación no puede asimilarse a lo que normalmente se entiende por ese vocablo. En este libro no hay disertaciones sobre temas de actualidad ni fórmulas para cambiar el mundo. Lo que me hace insistir en la escritura de estas prosas es mi curiosidad por la infancia, la literatura, el Caribe, la amistad, los instantes que se nos escapan en breves fregonazos de vida y algunas existencias ajenas, unas veces elegidas y otras felizmente encontradas. Si alguien me pregunta por qué escribí estos textos, tal vez responda que lo hice para no olvidar.²



La pluma de SP es avezada. Al escribir “columnas” literarias por muchos años la palabra se vuelve justa. Nada desentona. Así pues, ¿qué escribes?

SP: No puedo darle un nombre o clasificar lo que escribo. Lo siento. ¡Empezamos mal, yo creo, porque no soy capaz de hacerlo! Este libro, *Por aquí pasó una luciérnaga* lo publicamos a finales de 2021 con Tusquets en Colombia porque es un país con el que hace diez años tengo una relación bastante estrecha. Escribo hace diez años para las páginas culturales de *El Espectador*, un periódico colombiano que es el más antiguo actualmente en Colombia. Fue donde Gabriel García Márquez publicó su primer cuento porque lo retaron a que hiciera algo que no había hecho nadie y ahí fue donde publicó su primer cuento. Luego, cuando él vivía aquí en Europa —en Barcelona, en París— era corresponsal y escribía para las páginas de este periódico. Y bueno, yo empecé escribiendo crónicas, perfiles, ensayos. Después me propusieron escribir una columna cada quince días y cuando me hicieron ese planteamiento yo no estaba muy segura de afrontar ese reto porque yo no me veía escribiendo opinión. O sea, la idea generalizada que tenemos de una columna de opinión es que es un espacio donde brevemente escribimos sobre temas de actualidad política y yo no estaba en esa vuelta. El periódico ya tiene unos columnistas excelentes. Yo no me veía ahí pero mi editor, Fernando Araujo Vélez me dijo: “Inténtalo. Tú, escribe una. Y si ves que no es lo tuyo, lo dejas”. Y yo escribí una y a partir de ahí empecé escribiendo unas columnas un poco “extrañas” porque se salían de lo tradicional, de lo que se hacía habitualmente en el periódico.

Violeta Lorenzo Feliciano (VLF): ¿Cómo surge la oportunidad de escribir para la prensa colombiana? ¿Por qué Colombia?

SP: Pura casualidad. La idea de una periodista que me sugirió escribir para el periódico me llevó a considerarlo. No era algo que me hubiera planteado antes.

VLF: En la época de la prensa digital, ¿tienes interacción con los lectores mediante secciones de comentarios o algo así?

SP: En *El Espectador* los lectores cuentan con un foro para compartir sus opiniones sobre los textos que leen. Pero yo no suelo interactuar con ellos por ese canal. En cambio, sí respondo los mensajes que me envían por correo electrónico.



EG: ¿Cómo surgen los temas sobre los que escribes?

SP: Hay perfiles de personajes que me han llamado la atención, vaya una a saber por qué. A veces son reconstrucciones de acontecimientos históricos que tienen que ver con mi país. En muchos casos son incluso historias que extraigo de la vida cotidiana de mi país porque yo llevo ya más de diez años viviendo en España en Sabadell, un municipio de Barcelona, pero voy todos los años a la República Dominicana y tengo un contacto muy estrecho con mi país, con mi gente. También hay mucho del Caribe y de los recuerdos de infancia.

Dicho sea de paso, en ocasiones trabajo en un taller de escritura para la Universidad ICESI de Colombia. Yo colaboro con ellos y dentro de ese taller que tiene que ver con varias autoras he incorporado los cuadernos de Carmen Martín Gaité que nació en Salamanca y que estudió en la Universidad de Salamanca donde estamos conversando.³ Yo estaba muy metida en los cuadernos; estaba leyendo la parte en la que Martín Gaité se pregunta a dónde van las cosas cuando salen de nuestros ojos y de repente me llega esta invitación. Creo que, si las cosas nos interesan o si nos tocan, salen de nuestros ojos y van a la memoria. Pero la memoria es tan caprichosa y va pasando el tiempo y vamos acumulando cosas, recuerdos, acontecimientos y es imposible retenerlo todo. Entonces creo que, en resumidas cuentas, lo que hay en *Por aquí pasó una luciérnaga* es una voluntad de poner por escrito lo que no quiero olvidar y de reconstruir esas historias que a Mario Jursich —un editor y escritor colombiano— se le ocurrió reunir en este libro. La idea fue de él.

VLF: ¿Qué otros proyectos tienes en mente? ¿Piensas hacer más libros con tus columnas como han hecho otros escritores caribeños?⁴

SP: Dentro de poco saldrá a la luz un libro de relatos breves que incluirá algunos textos que ya han sido publicados y otros inéditos.⁵ Es un libro pequeño, por su extensión, que considero especial porque está muy cerca de mis afectos. Después publicaré un libro que no me atrevo a etiquetar. Prefiero dejar esa tarea en manos de otros. Podría decir que será un cuento largo o una novela corta. Es el proyecto en el que estoy trabajando en este momento. Y quién sabe si en unos años vuelva a pensar en otro libro con una selección de columnas. Puede ser.



EG: En tus escritos noto una presencia musical muy fuerte. De hecho, te has referido a una de tus columnas como “más salsa que merengue”. En tus textos hay muchísima música...

SP: Sí, porque yo soy una melómana confesa. Me encanta la música y además crecí en un ambiente rodeada de bailadores de música, de apasionados de la música. Mi papá es bailaror de son cubano. Los soneros como mi padre conocen todos los sitios donde hay música. Tienen un ritual. Es un fenómeno curioso que en la República Dominicana haya gente que sienta tanta pasión por el son cubano. Es como si crearan una pequeña Cuba en la isla. ¡Y el modo en que se visten con los zapatos de dos tonos! El sombrero, la boina que usan es también otro sello... Entonces yo crecí con esa música. De hecho, recuerdo una pareja de bailarores de música de son cubano en la República Dominicana. Él murió; le decían “Bonjé”. En las ruinas de San Francisco, en la zona colonial que es la parte antigua de la ciudad, todos los domingos se celebra una fiesta de música donde se toca en directo y sobre todo van estos bailarores de son. La actividad se llama “Bonjé” en honor a este bailaror de son cubano que bailaba siempre con su pareja que además era su pareja sentimental. A ella le dicen “Chencha”. Yo veía en mi casa, en la sala de mi casa, a Chencha y a Bonjé bailando, porque eran del grupo de amigos de mi papá. Yo no bailo son, o sea, lo bailo en privado, pero... no me atrevo bailarlo en público después de crecer viendo cómo bailan esos expertos. Entonces crecí escuchando son cubano y salsa, pero sobre todo la salsa que se hizo a finales de los años sesenta y setenta: la Fania, Héctor Lavoe, Johnny Pacheco —que era dominicano y murió hace poco— Ismael Rivera, Celia Cruz y toda esta gente. Siendo dominicana, el merengue también me gusta —la prueba está en que yo quería bailar como Francis Rosario— pero la salsa definitivamente forma parte de mí.⁶ En mi libro hay mucha salsa y también boleros. En fin, no concibo la vida sin la música.

EG: Por otro lado, he visto que haces bastante referencia a Minerva...

SP: Sí, Minerva Mirabal es un personaje que a mí me apasiona muchísimo. De hecho, la fecha del 25 de noviembre, el día de la conmemoración de la no violencia contra las mujeres, se eligió porque fue el día que las mataron. Ellas eran cuatro hermanas, pero la segunda —conocida en nuestro país como Dedé Mirabal y que se llamaba Bélgica— sobrevivió porque no estuvo acompañándolas en el viaje en el que fueron vilmente asesinadas. Luego se trató de enmascarar los asesinatos como un accidente automovilístico, algo muy típico de la dictadura de Rafael Leónidas Trujillo. Esa dictadura fue una de las más crueles y sangrientas de toda Latinoamérica y lamentablemente nos tocó, le tocó a nuestro país por treinta años. Yo me siento muy atraída a Minerva Mirabal; todavía sigo leyendo sobre ella porque me encantan las cosas que voy descubriendo, su carácter, su



pasión por la literatura, su determinación y su vocación por la belleza. Durante mucho tiempo cuando era estudiante en la escuela —seguro que algunos de ustedes recuerdan que cuando llegaba el 25 de noviembre hablábamos de las Mirabal— hacíamos una exposición y nos hablaban de las Mirabal, pero yo tenía sed de algo más. O sea, sí, las mató Trujillo porque se enfrentaron a la dictadura, eran activistas políticas, fueron las fundadoras del movimiento 14 de junio que luchó para derrocar la dictadura, pero yo quería saber cómo eran. Tal vez mi interés se deba a que yo tengo dos hermanas y yo quería saber cómo eran las Mirabal, a qué jugaban, qué les gustaba y eso no te lo cuentan los libros de historia.

Afortunadamente, muchos años después de que yo estuviera en la escuela primaria, Dedé Mirabal escribió sus memorias. Y entonces ahí aparecían retratadas sus hermanas y yo sentí una inclinación especial por Minerva Mirabal. Mi texto recoge un momento puntual de su vida que, según Dedé Mirabal, fue el día en que su familia cayó en desgracia. Los Mirabal fueron invitados a una fiesta. Cuando Trujillo organizaba fiestas siempre invitaba a la gente que pertenecía a las clases sociales más destacadas y los Mirabal pertenecían a una clase social que en esa época era privilegiada. Mi texto trata de cómo, aunque Minerva y Trujillo se habían visto otras veces, en esa fiesta bailaron por primera vez.

Él le pidió bailar o mandó a una persona a que la sacara a bailar. Ahí le manifestó que él ya sabía que ella era una enemiga política, pero también le manifestó que ella le gustaba. Esa fiesta se celebró en San Cristóbal, un lugar al que yo iba los veranos cuando era niña porque era el pueblo de mis abuelos maternos. Trujillo también era de San Cristóbal. La fiesta se celebró en una hacienda donde trabajaba mi abuelo, la cual pertenecía a un matrimonio formado por un señor británico y su esposa puertorriqueña. La hacienda se llamaba Villa Borinquen en honor al nombre taíno de Puerto Rico. Esa hacienda ya hace muchos años que es una academia militar. El hermano mayor de mi mamá, que además de ser mi tío también era mi padrino, era militar y nos llevaba a los jardines e instalaciones de lo que fue Villa Borinquen. La hacienda después le perteneció a Trujillo, porque cuando Trujillo se antojaba de algo —de una mujer, de un terreno, de lo que fuera— la persona a quien él se lo “pedía” tenía dos opciones: o se lo daba o se lo daba. De lo contrario, su vida y la de toda su familia corría peligro. Trujillo se adueñó de esa hacienda y, bueno, lo que mi texto “Se llamaba Minerva” relata ocurrió en ese lugar.

VLF: El tema de Minerva lleva al asunto de la violencia hacia las mujeres. ¿Podrías compartir cómo este tema sale en tus escritos? Pienso en tu columna sobre una niña que conociste cerca de tu casa cuando eras pequeña y que fue abusada. ¿Es un texto de ficción?

SP: Esta historia no es ficción. Yo era menor de edad y seguí los deseos de esa niña que era mi amiga y no le dije a nadie lo que a ella le había pasado. Y claro, yo seguía viendo con

frecuencia a la persona que había abusado de ella y no decía nada. Es más, no voy a usar la palabra “abuso” porque hay diferentes tipos de abuso. Eso fue una violación. Es algo muy común en nuestro país; pasa mucho dentro de las familias y en la comunidad. Lo triste y lamentable es que muchas veces no es un silencio que se queda solo entre niños, sino que hay adultos que saben que ocurre, saben que se dan estas situaciones, pero para no alterar el orden, para no manchar reputaciones de familias, deciden mantener el silencio a pesar de la carga y el dolor que eso supone para el niño o la niña que sufre la violación. Es lamentable... Son situaciones que se dan y que me consta que se siguen dando...

EG: Otro tema recurrente es el del racismo. En principio todos pensamos en el racismo como algo negativo y sin duda lo es. Sin embargo, aludes al racismo con ironía. Me parece muy curiosa la forma en que tratas el racismo en el texto “Abran paso”.

SP: Sí, aquí, en las diferentes ciudades de España hace bastante tiempo que es habitual ver gente negra. Supongo que hace algunos años no era tan común. Pero sí pasa o me ha pasado durante estos años que yo me he encontrado en varias ocasiones en lugares en los que la única persona negra soy yo. A veces me preguntan en mi país: “Bueno, y eso del racismo, ¿cómo te sientes?” Yo me lo bufeo. O sea, ¿cómo explico yo ahora lo que quiere decir eso? ¡Me metí en un gancho yo sola! ¿Cuál sería el equivalente en el español de España de que uno se “buefa” algo? Sería como que te da igual ... pero no solo es eso sino que una dice, “bueno, soy negra. Okay es lo que hay”. Una como que presume de esa supuesta diferencia. No mucho, pero un poquito. Y entonces me pasó hace algunos años que estando de vacaciones en la zona de Girona fuimos a parar mi esposo y yo en Francia. Los dueños de la casa donde nos estábamos hospedando nos recomendaron ese sitio y entonces fuimos ahí y estábamos ya en Francia. Era un pueblito muy pequeño. Llegamos al restaurante donde se decía que se comía muy bien y se quedó todo el mundo mirándome, pero de una forma que no me había pasado nunca. O sea, todo el mundo dejó de hacer lo que estaba haciendo...

VLF: y la gente se vira para verte...

SP: Exactamente, la gente se gira para verme. Y entonces yo me pregunté “¿a quién miran? ¿es a mí?” y luego me puse en plan diva. Solo me faltó hablar francés; no hablé francés porque no sé. Más allá de “merci”, no sé. Y ahí tuve un encuentro con alguien más y me di cuenta de que yo no era la única persona negra como yo creía... Mi texto es de ese encuentro. Se titula “Abran paso”.



EG: Hay otra cosa que a mí me sorprendió porque no se da tanto en la República Dominicana. Me refiero a la hermandad con Haití y a la necesidad de considerar al otro desde cómo se hermanan. Tienes un cuento sobre el juego del perejil, una referencia que sigue siendo importante a unos 85 años de la masacre...

SP: Sí, es un cuento que publiqué hace como dos años en la revista *El malpensante* y que se titula “Hasta la raíz”. De hecho, el 31 de diciembre de 2021 se publicó en una revista estadounidense; hicieron la traducción al inglés para una revista que se llama *Plough*. El cuento está basado en algo que realmente me ocurrió en la escuela cuando yo era niña. Mi mamá es maestra ya jubilada; era profesora en una escuela pública. Mis hermanas y yo hicimos la educación primaria en la escuela en la que mi mamá era profesora porque era una manera de ella tenernos cerca. Y bueno, pues, había un juego que se hizo popular durante una temporada que consistía en que en el recreo nosotros nos retábamos unos a otros “di perejil”. Nadie sabía el origen del juego; nosotros no lo sabíamos. Si uno decía “perejil” y, por lo que fuera, se te trababa la lengua y la pronunciación no salía muy nítida quería decir, supuestamente, que eras haitiano.

En 1937 Trujillo ordenó una matanza terrible de haitianos. Me impresionó mucho que hace poco estuvo el actor español Juan Echanove haciendo la caracterización de Trujillo en una adaptación al teatro de *La fiesta del chivo*, un libro de Mario Vargas Llosa que —entre otros temas— es sobre Trujillo, sobre el personaje narcisista que era Trujillo, porque era terriblemente narcisista. Fue un hombre que le cambió incluso el nombre a la capital. La capital de la República Dominicana es Santo Domingo, pero durante los años de la dictadura se llamaba Ciudad Trujillo. Y todo era así. Los hospitales tenían el nombre de su mamá o de su hija. El hospital infantil, el actual Robert Reid Cabral era La Angelita. Todavía hay personas que vivieron los años de la dictadura que no llaman el hospital por su nombre, sino que le dicen “la Angelita” porque Angelita era la hija menor de Trujillo, su niña mimada.

En las casas de nuestros abuelos debía de haber, o al menos era conveniente que hubiera, una foto de Trujillo. Cuando en la entrada de la casa el cemento todavía estaba fresco se escribía “en esta casa Trujillo es el Jefe” porque uno de sus nombres era el Jefe. Él era el Jefe y tenía cantidad de consignas que se las inventaba él mismo o las personas de su entorno que eran toditas unas lambonas y salían con frases como “en esta casa Trujillo es el rey” o “Dios en el cielo; Trujillo en la tierra”. Era algo... bueno, un caso de enfermedad crónica. Y en el año 1937 él decidió que se iba a deshacer de la mayor cantidad posible de haitianos. Y el modo de hacerlo era matándolos a machetazos...

VLf: De ahí que también a la masacre se le conozca como “el corte”, ¿no?

SP: Sí, porque no usaron armas de bala... mataron gente a machetazos. Se desató una persecución... Muchos dominicanos —incluso hoy en día— quieren hacer una distinción entre los negros dominicanos y los negros haitianos como si ellos fueran más negros que nosotros, más pobres que nosotros.⁷ Somos tan parecidos que lo irónico es que se tuvo que crear ese método de decir “perejil” para distinguir cuáles eran haitianos y cuáles eran dominicanos. Así pues, si somos tan diferentes y nosotros somos tan “blanquitos” como muchas veces algunos dicen, ¿por qué precisamente se crea ese método para diferenciarnos? Claro, en la pronunciación de la [r] en el creole haitiano ellos no pronuncian “perejil” como nosotros. Entonces, al decirles “di perejil”, cuando notaban que la pronunciación se inclinaba al creole los mataban. Y eso pues en mi infancia era un juego, un relajo: “di perejil. ¡Ah, tú eres haitiano!” Y claro, que te dijeran haitiano, eso era... como que te mentaran a tu mamá. Eso era terrible. Sin embargo, nosotros no sabíamos de dónde venía esa dinámica, y así empiezan estos episodios oscuros de la historia que se van perpetuando como un juego. Como no sabemos de dónde viene la cosa, entonces es un juego.

Yo tenía una compañera en la escuela que se llama Martha. Pocas veces uso el nombre real de las personas, pero en este caso no encontré el modo de ponerle otro. Su abuelo era haitiano... y, claro, el apellido de Martha llamaba la atención porque era “Jean”. Y estos son apellidos que resaltan porque nuestros apellidos tienden más a ser... bueno, los apellidos que ustedes también conocen. Pérez, Rodríguez, Hernández... Pero el de ella era “Jean”. Además, los compañeros se burlaban de ella en la escuela; se burlaban cuando nos llamaban por nuestros nombres y apellidos en la lista. Le decían: “Ay, Jean es haitiana” y otras cosas más.

En una ocasión fuimos a inscribirnos a una escuela de danza popular. Recuerdo que cuando nos fuimos a inscribir y teníamos que decir nuestros nombres o rectificar la inscripción que ya habían hecho nuestros padres, ella se cambió el apellido. Se inventó un apellido en el momento y yo me quedé mirándola porque íbamos juntas a la escuela y yo sabía perfectamente cuál era su apellido. Y claro la señora que estaba chequeando la lista dice: “pero tú, ¿tu apellido no era tal? Ah, seguro que se equivocaron”. Martha se cambió el apellido y eso es muy representativo de lo que hacen o de lo que pueden llegar a hacer no solo los descendientes de haitianos por la presión sino nosotros mismos. O sea, en el país hay muchos dominicanos que tienen bisabuelos o tatarabuelos que eran españoles. Dicen: “Yo tenía un tatarabuelo que era español” y eso lo ven como algo bueno. “Estamos refinando la familia” es algo que también se dice cuando una persona negra —hombre o mujer— se casa con una persona blanca. Supuestamente se va a refinar la familia porque los descendientes de esa relación ya no van a ser “tan negros”. Todo eso está muy enquistado y sigue porque eso va pasando de una generación a la otra. Lo irónico es que Trujillo, por ejemplo, ordenó esa matanza de haitianos, pero en una ocasión Hitler quería deshacerse de una cantidad de judíos y casi los estaba ofreciendo —o sea, quién los quiere— y Trujillo les dio albergue a esos judíos. Eso fue unos años después de que ordenara la matanza de los



haitianos, porque entendía que era una manera de refinar la raza. Es decir, iban a venir estos judíos alemanes blancos de ojos claros. El plan no le salió muy bien porque ellos se situaron en una zona, en Sosúa, y no se mezclaron con la población nativa como se esperaba. Lo irónico es que mata a unos y a otros les abre las puertas porque en términos raciales lo considera conveniente.

VLF: Varios estudiantes y profesores de la Universidad de Salamanca han preguntado cómo el proceso de emigrar ha tenido un impacto en tu escritura. ¿Podrías compartir algo al respecto?

SP: Siempre que me preguntan qué significa la escritura para mí respondo lo mismo: es una necesidad. En mi caso, no sé si estaría escribiendo si no hubiera emigrado. Aunque escribo desde que tenía ocho años, yo no veía un horizonte en el que me decía “quiero escribir un libro; quiero publicar”. Todo era... como el niño que elige un bate y una pelota para jugar, y eso es una cosa muy natural para él. Cuando comienzo a tomarme la escritura “en serio” fue al estar viviendo aquí en España. Comencé a publicar en medios internacionales en una época en la que dejé de trabajar en el sector de los seguros que era donde estaba.

Fue durante la primera de no sé cuántas crisis económicas que ha habido que empecé a dedicarle más tiempo a la escritura. Yo no tenía disciplina. De hecho, por sugerencia de una amiga voy a la Escuela de Escritura del Ateneu Barcelonès y ahí adquiero una disciplina que yo no tenía. Yo escribía cuando me picaba la mano, cuando me venía la musa. Ahora cada quince días tengo que entregar un texto. Tengo un editor detrás de mí diciéndome “¡tenemos fecha de entrega tarde!” Yo no tenía la disciplina y eso me lo dio la escuela.

Creo que lo que nos da el hecho de vivir fuera de nuestro territorio, de nuestro país de origen, es la perspectiva. La perspectiva que nos da la distancia marca mucho la escritura. O sea, cuando tú estás en tu país hay una serie de cosas que son así porque son así, y se hacen así porque siempre se han hecho así. Un ejemplo es el alisarse el pelo.⁸ En mi caso mi primer alisado fue tarde; fue a los quince años. Yo no pensaba “bueno, me tengo que alisar el pelo pronto”. Más bien, existía la creencia de que se le alisaba el pelo a la niña una vez que tenía su primera menstruación. En mi entorno cercano, ni yo ni mi mamá ni ninguna tía, amiga o figura pública que fuera negra llevaba su pelo rizado. Entonces a los quince años una amiga en el colegio, una compañera que se sentaba delante de mí que yo nunca olvidaré que le tenía que estar pasando la goma del pelo porque ella era blanca y tenía un pelo muy liso y constantemente se le caía la goma del pelo, me preguntó: “¿Tú no te piensas alisar? Estamos en el siglo XXI...” Ahí me dije: “¡Wow! Estamos en el siglo XXI, yo tengo quince años y todavía no me he alisado. ¡Ya me toca!”



Yo nunca cuestioné eso del alisado como tampoco cuestioné una cantidad de cosas que empecé a pasar por un filtro, por una mirada crítica cuando salí de la República Dominicana. Es como que empezamos a ver las cosas de otra manera y creo que eso puede marcar cierta diferencia entre escribir dentro del territorio y escribir fuera. Hay una canción que escribió Luis Eduardo Aute y que interpretó Eliades Ochoa con el Buena Vista Social Club que se llama “Hemingway delira” y que repite en el estribillo “en el Caribe se escribe como se vive”. Entonces yo creo que cuando uno está ahí, uno escribe sobre lo que ve, sobre lo que estás viviendo, pero hay creencias en las que hemos sido educados y cosas que están tan normalizadas que no las cuestionamos... Pero cuando salimos, claro, nosotras nos convertimos en otros, ¿no? Y eso te hace poner el foco de atención en aspectos de tus orígenes, de tu cultura que antes ni te cuestionabas porque... estás ahí. Cuando emigras te atraviesa tanto esa experiencia que independientemente de las razones por las que emigras —porque pueden ser razones políticas o simplemente porque te enamoraste— el cuestionamiento surge y creo que permanece.

VLF: Uno de los estudiantes en la Universidad de Salamanca pregunta acerca de los retos que hay en la República Dominicana para llevar la producción cultural y literaria a un público que se tiene en el corazón porque es de uno, aunque se pertenezca a la diáspora. ¿Cuáles son esas dificultades que has sentido o tenido dentro del quehacer cultural dominicano?

SP: Pues como mencioné anteriormente, yo empecé a publicar viviendo ya aquí en España. O sea, escribía en República Dominicana, pero lo que yo escribía lo leían tres o cuatro gatos: mi mamá y tres amigas. Las tres amigas estaban en la escena de las letras porque eran estudiantes de comunicación social. El resto, leer —lo que se dice leer— no lo hacían. No podría decirte hasta qué punto eso ha ido cambiando porque, aunque voy todos los años a mi país, no me muevo en la escena literaria de la República Dominicana. Voy más bien a estar con mi familia y con mis amigos. Sin embargo, en la época en la que estuve en el país —y salí hace ya más de diez años— me daba la sensación de que el ambiente era muy elitista... y eso me lo han comentado otros conocidos y amigos latinoamericanos que también tienen ese deseo de escribir, de publicar y que se enfrentan a los desafíos a los que aludes. Se preguntan “¿y qué hago? ¿Quién me va a publicar? ¿Quién me va a leer?” porque a nosotros nos enseñan de alguna manera que, si tú perteneces, por ejemplo, a la clase media hay ciertas disciplinas artísticas que no son para ti. ¿A quién se le ocurre dedicarse a la literatura o al teatro o a la danza? Eso es para un grupito selecto que tiene acceso a esos privilegios con los que tú mejor no sueñes, porque eso no es para ti.



VLF: ¿Algún consejo para alguien que quiera escribir?

SP: No es una cosa romántica ni de frase hecha, pero si tú sientes la pulsión y un deseo genuino de contar historias, de decir cosas, ¡escríbelo! Olvídate del mundo, escribe y sumérgete en la escritura. Cuando lo haces con pasión llegará un momento en que las cosas irán sucediendo y tú no te darás cuenta de cómo sucedieron porque estás como en la tarea, ¿no? Es descorazonador porque antes de empezar a publicar en otros países yo publicaba en mi país y realmente en el Caribe insular hispano es difícil... Hay países latinoamericanos como Colombia donde yo creo que están más abiertos, pero en las Antillas todavía estamos un poquito rezagados. Aconsejo insistir, insistir e insistir si de verdad lo que quieres hacer es escribir. A mí me ha costado mucho tiempo. Yo he tenido mucha suerte en muchos sentidos, pero me ha costado tiempo. Hay que ser paciente.

EG: Muchísimas gracias, Sorayda, por sacar de tu tiempo para hablar con nosotras.



Notas:

[1] La Cátedra Pedro Henríquez Ureña de Estudios Dominicanos es resultado de un Convenio de Cooperación Educativa firmado por la Universidad de Salamanca con el Ministerio de Cultura de la República Dominicana. La Cátedra integra sus actividades en el Departamento de Literatura Española e Hispanoamericana de la Universidad de Salamanca. A través de seminarios, conferencias, cursos y encuentros con escritores dominicanos, se pretende desarrollar un programa de actividades que fomente el conocimiento de la literatura y la cultura dominicanas en España, y estimule la investigación en este campo de estudio.

[2] La cita es del prólogo de *Por aquí pasó una luciérnaga*.

[3] Esta parte de la entrevista se llevó a cabo el 10 de febrero de 2022.

[4] Algunos ejemplos serían *Interposiciones* de Néstor E. Rodríguez, *Intervenciones* de Eduardo Lalo, *Sobre piel y papel* de Mayra Santos-Febres, *Devórame otra vez* de Luis Rafael Sánchez y *Mirada de doble filo* de Ana Lydia Vega.

[5] Esta parte de la entrevista se llevó a cabo en el verano de 2023.

[6] Francis Rosario es una artista dominicana conocida por su manera de bailar merengue. Varios miembros de su familia se han destacado por cantar o bailar dicho género musical. Véase la columna “Queridas mías” de Sorayda Peguero en *Por aquí pasó una luciérnaga*.

[7] El asunto de una “dominicanidad” que usa las construcciones raciales y étnicas para diferenciarse de “lo haitiano” ha sido estudiado por varios académicos desde distintos ángulos y disciplinas. Para más información sobre este tema véase los libros *Bordes de la dominicanidad* de Lorgia García Peña y *Escrituras de desencuentro en la República Dominicana* de Néstor E. Rodríguez. Consúltese también “The Tribulations of Blackness: Stages in Dominican Racial Identity” y *El retorno de las yolas* de Silvio Torres-Saillant. Esta corta lista de referencias no es exhaustiva.

[8] Para más información sobre la función del pelo en la construcción de la identidad racial en la República Dominicana y su diáspora, véase *Black behind the Ears: Dominican Racial Identity from Museums to Beauty Shops* de Ginetta Candelario.



Bibliografía:

- Candelario, Ginetta E. B. *Black behind the Ears: Dominican Racial Identity from Museums to Beauty Shops*. Durham, Duke University Press, 2007.
- García Peña, Lorgia. *Bordes de la dominicanidad*. Santo Domingo, Editorial Universitaria Bonó, 2020.
- Peguero, Sorayda. *Por aquí pasó una luciérnaga*. Bogotá, Tusquets, 2021.
- . "The Peril of Mispronouncing 'Parsley.'" *Plough*, 31 Dec 2021, <https://www.plough.com/en/topics/justice/social-justice/the-peril-of-mispronouncing-parsley>. Accessed 24 June 2023.
- Rodríguez, Néstor E. *Escrituras de desencuentro en la República Dominicana*. Santo Domingo, Editora Nacional, 2007.
- Torres-Saillant, Silvio. *El retorno de las yolas*. Santo Domingo, Editorial Universitaria Bonó, 2019.
- . "The Tribulations of Blackness: Stages in Dominican Racial Identity." *Latin American Perspectives*, Vol.25. 3 (1998): 126-146.